

El soldado de la Revolución Militar (1492-1578): El crisol español

I- Introducción: Estado de la milicia española a finales del siglo XV.

-Los cambios militares del XV. La "traza italiana" y su impacto.

-Compromisos de la corona: Las Indias e Italia.

-Las reformas del Gran Capitán: la coronelía.

II- El soldado de la Revolución Militar

-Psique y extracción social.

-Disciplina y orgánica: rangos y procedimiento táctico.

-El soldado y su equipo: arcabuceros, piqueros y tropas a caballo.

-Rutina del soldado. El soldado y el ocio.

III- El crisol español: la escuela estratégica hispano-italiana en sus batallas.

-Primeras campañas: Pavía.

-La era de cambio: de Mühlberg a Gravelines.

-Lepanto y la primera rebelión flamenca.

-La campaña de Juan de Austria y la imposición de una nueva realidad.

I- Introducción: Estado de la milicia española a finales del siglo XV.

-Los cambios militares del XV. La "traza italiana" y su impacto.

Los albores del siglo XVI ven, en el ámbito de la historia militar, un proceso que muchos autores han denominado "Revolución Militar". Geoffrey Parker, en su magnífico libro "La Revolución Militar: Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500-1800" acuña un nuevo concepto de Revolución Militar, más gradual y progresiva de lo que en un principio señalaron los distintos autores del género. Thompson, en su conferencia "Guerra y Estado" celebrada en la Universidad de Granada, señaló que no existe una Revolución Militar, sino distintas etapas que jalonan una renovación de la magnitud del hecho bélico en los estados en la Edad Moderna y corre pareja al incremento de los gastos militares que vienen impuestos a la vez por la magnitud de las operaciones militares auspiciadas por el estado centralizado y los nuevos modos de hacer la guerra.

En esta conferencia vamos a analizar una de las primeras etapas de este proceso, que consiste en el surgimiento de unas fuerzas estatales desligadas de la nobleza feudal que cobran una soldada a cambio de su trabajo y que están sujetas a una disciplina y una paulatina profesionalización que nos lleva, ya a mediados del siglo XVI, a hablar de un ejército estatal en toda la amplitud del término. Asimismo, los grandes cambios tácticos que se orquestan en la guerra europea desplazarán un modo de hacer la guerra frente a una nueva realidad.

A finales de la Baja Edad Media, este cambio se sugiere y se pone de manifiesto, tanto en la Guerra de los Cien Años como el contencioso entre el duque de Borgoña y los cantones suizos. El soldado de infantería se profesionaliza a imagen de dos grandes modelos: la piquería suiza y los lansquenets alemanes. Estas fuerzas mercenarias que seguirán vendiéndose al mejor postor hasta finales de la Edad Moderna (aunque desaparecen como tales a finales del siglo XVI) evidenciaron el retorno de la infantería en formación cerrada, solidamente anclada al terreno merced a la táctica del cuadro de picas, elemento ofensivo/defensivo gracias a las armas secundarias que festoneaban al cuadro (montantes, arcabuces, alabardas, etc...) amén de la propia capacidad del cuadro para contener cargas, tanto a pie como a caballo.

Además de la renovación en la guerra terrestre-campal y el desplazamiento del esquema caballería feudal+artillería con infantería mercenaria frente a la infantería nacional articulada según el modelo suizo/alemán y la progresiva dictadura del arma de fuego portátil (de la que hablaré mas adelante) se produjo una renovación no menos importante en la guerra de sitio. Como señala Parker, ya en el siglo XV las bombardas evidenciaron gracias a su potencia de fuego que los viejos castillos medievales, de muros altos y estrechos pensados para soportar un asalto convencional de infantería con escalas se habían quedado anticuados. En 1440, el italiano Leon Battista Alberti en su obra "De re aedificatoria" propuso un método eficaz en la construcción de fortalezas para que estas pudieran aguantar el castigo de los proyectiles de artillería. Su modelo de fortaleza de muros gruesos y edificada "con líneas quebradas, como los dientes de una sierra" y su sugerencia de la forma de estrella o polígono permaneció inédita hasta 1485, cuando las primeras fortalezas abaluartadas o con "tracce italiane" se construyeron en Italia (Rocca, Brolio, el castillo de Sant Angelo...).

Continuando con la tradición medieval, la fortaleza abaluartada impuso su tiranía en la guerra europea. Fueron los asedios las mayores y más resolutivas operaciones militares, y casi todas las batallas de la Edad Moderna se disputaron en socorro de una plaza fuerte asediada. La fortaleza abaluartada fue perfeccionándose con muros de tierra apisonada o cascote inclinados hacia adentro, festoneada de bastiones y revellines, protegida por un foso y sin ángulos muertos para la artillería defensora, mostrando al enemigo prominentes salientes de difícil destrucción, que darían lugar a un nuevo arte del sitio, largo y tedioso, donde las operaciones de voladura con mina y contramina se impusieron sobre el cañoneo largo y dirigido a la apertura de una brecha practicable para el asalto.

-Compromisos de la corona: Las Indias e Italia.

La joven monarquía española tuvo que afrontar dos políticas intervencionistas o expansionistas una vez finalizada la Reconquista con la toma de Granada. Por una parte, las Indias ofrecían una posibilidad de enriquecimiento y extracción de materias primas a cambio de un esfuerzo relativamente bajo, bélico y humano, pero que era muy seductor para los castellanos que podían pasar a las Indias merced a la casa de contratación. Sin embargo, el paso a las Indias presentaba problemas legales, ya que solo los súbditos de Castilla podían efectuarlo, y debía de demostrarse limpieza de sangre para ello. Estas trabas no se daban en otro escenario de la expansión de la hegemonía española: Italia.

La política mediterránea de la corona de Aragón, heredada de tiempos medievales, abrió en 1496 la puerta al intrincado mundo de la política de los estados italianos mediante la petición de ayuda del destronado Ferrante II de Nápoles. Así, el disputado solar italiano será el primer escenario de la cristalización de esta Revolución Militar y su aplicación en el ejército español, que con las reformas del Gran Capitán prevalecería sobre franceses, suizos, italianos y alemanes, cimentando las bases del poderío militar español durante los siglos XVI y parte del XVII.

-Las reformas del Gran Capitán: la coronelía.

El ejército español que había salido de la Reconquista presentaba un aspecto nada convencional dentro del panorama europeo. Por una parte, gracias a la Guerra Civil Castellana y la campaña contra el reino nazarí de Granada, las mesnadas señoriales habían sido desplazadas frente a un ejército real y profesional que constaba de abundantes fuerzas de infantería y se apoyaba en un tren de artillería que le permitió tomar los hasta entonces inexpugnables castillos del reino nazarí, pero también atar fuertemente a la díscola y poderosa nobleza gracias a su poder demoledor del que el estado se hizo en un principio administrador. Como diría Cisneros a los nobles de Castilla, "estos son mis poderes", mostrándoles los cañones del parque de artillería real.

No menos importante que el aumento de la artillería de campaña fue la articulación de la infantería según las ordenanzas del rey don Fernando, que fueron el germen de una división del bloque de combatientes en compañías y escuadras, que les dotaba de mayor movilidad y cohesión gracias a la profesionalización del empleo militar. Las particularidades de la reconquista favorecieron el desarrollo de un infante más ligero que sus homólogos europeos, habituado a las acciones de escaramuza (o de tipo guerrilla) frente a la solidez del cuadro de picas y la poca libertad de movimientos del hombre de armas o jinete de caballería pesada. Así pues, el ballestero, el arcabucero y el jinete ligero a la morisca fueron los protagonistas de la lucha convencional contra los moros y dejarían una fuerte impronta en la adaptación del cuadro de picas suizo-alemán en el ejército español.

El ejército que en 1496 abandonó el litoral español camino a Nápoles habría de reformarse tras la única derrota del Gran Capitán en la batalla de Seminara. El nuevo marco orgánico sería la coronelía, un paso previo al concepto de tercio, que se articulaba en torno a una plana mayor (coronel, sargento mayor, tambor mayor, oficiales de intendencia...) que controlaba a las compañías, que constaban de aprox. 250 hombres al mando de un capitán y un abanderado (alférez) con un suboficial encargado de la disciplina (el sargento) y subdividido en escuadras de 15 a 30 hombres al mando de un cabo de escuadra. Sin embargo, el esquema hispano no se fundamentaba en una muchedumbre de picas con unos elementos auxiliares pocos en número, sino que desde un primer momento se manifiesta una predilección por el arma de fuego frente a la pica, de tal modo que en los decenios sucesivos, y sobretodo en Flandes, donde la naturaleza del terreno no favorecía acciones de caballería pesada, se hubo de regular el porcentaje de arcabuces/picas dada la inusitada fruición con la que el infante español acogió este arma, adelantándose en algunos decenios a otros ejércitos de la época.

II- El soldado de la Revolución Militar.

-Psique y extracción social.

El soldado español que sirvió en los campos de batalla europeos y americanos durante el siglo XVI fue un tipo humano paradigmático que fue a su vez consecuencia y germen de una época concreta que había heredado unos valores no tan fuertemente anclados en otras naciones de la Europa de comienzos de siglo. Mucha tinta se ha derramado en honor de esta psique tan particular, donde la mentalidad reconquistadora de la licitud de la expulsión del infiel y la militarización de la sociedad son justamente uno de los factores clave para entender el porqué de la hegemonía española.

Mucho dista la mentalidad de aquel soldado español con la de sus tataranietos en la actual época, pero ambas son reflejo de una sociedad y una mentalidad particular. Así, el servicio de las armas era para el español "el más honrado oficio", y en muchos casos el único para la nobleza seglar, si esta decidía no optar por la administración real o la carrera eclesiástica. Así, la hidalguía era consecuencia del estado militar, además de la de nacimiento, ya que era vergonzosa e imperdonable la actitud de cobardía. Tanto es así que, aunque resulte chocante rastrearlo en multitud de crónicas y textos (pese a que algunos autores quieran ver en esto exageración propagandística), abundan los ejemplos de combates donde un valeroso capitán al mando de sus exiguos doscientos hombres ataca al enemigo forzándole a replegarse, haciendo oídos sordos a las llamadas de regreso de coroneles, maestros y generales, precipitando de esta curiosa manera un avance general y una ulterior victoria.

La mentalidad de victoria quedó profundamente arraigada en unas tropas que tan frecuentemente debían batirse en frentes lejanos, donde una eventual derrota suponía la exposición a una población local reforzadamente hostil y en una época donde la rendición era incierta, aunque sea curioso ver como en este sentido las tropas españolas eran las más respetuosas, dándose casos de generales que ante un ataque de tropas multinacionales buscaban rendirse a los españoles, por tener con esto la seguridad del respeto de sus vidas en la rendición de las tropas bajo su mando.

Mentalidad de victoria, férrea disciplina, un concepto cristalino de la honra personal y colectiva, consciencia de la propia superioridad militar (que aparejaba una cómica imagen del español como hombre grave y altivo en el extranjero) y la aceptación de los rigores y privaciones de la guerra, así como de la disciplina inherente al honroso servicio militar hicieron del soldado español un milite temido y respetado, quizá odiado pero nunca menospreciado durante la etapa que abarca este análisis.

Pero, ¿De dónde procedía este soldado? Es muy importante puntualizar que durante toda esta etapa y hasta casi finales del siglo XVII, el estado español no tuvo que decretar levas forzadas de soldados, y el sistema de reclutamiento era voluntario al 100%. No faltaron los nuevos reclutas durante toda la etapa que comprende la toma de Granada a la paz de Westfalia (1648), gracias al ya mencionado concepto de la hidalguía militar, pero también gracias a otros factores más prosaicos. Los escasos censos del siglo XVI (como el censo de Aranda de 1591) reflejan una cifra desorbitada del estamento más bajo de la nobleza en la Castilla: los hidalgos. El hidalgo gozaba de la consideración social y jurídica propia de la nobleza, pero al parecer solo de ella. La gran mayoría de los hidalgos no tenían tierras propias, o bien eran hijos segundos de hidalgos terratenientes, destinados a no heredar la propiedad paterna (los llamados segundones) que nutrían profusamente las filas de la Iglesia, la nueva administración real y el ejército de la corona, una de las opciones preferidas, ya que podía reportar unos beneficios, tangibles o no (la honra militar fruto de hazañas y ascensos) que era atractivos para esta masa desocupada de la población que no podía realizar trabajos físicos propios de la villanía.

Los hidalgos nutrían las filas tanto como los villanos, aunque estos solían estar destinados a permanecer en la infantería con pocas posibilidades de ascenso, aunque el saqueo y la paga eran ya de por sí un gancho atractivo cuando el pan de cada día distaba mucho de estar asegurado. La alta nobleza, por otra parte, solía sentar plaza en la oficialidad o en la plana mayor, a menudo junto al coronel o maestro de campo en la figura del "entretenido", un acompañante, guardaespaldas, protegido o sujeto que gozaba del favor del general, sin tener a menudo un rango definido dentro del mismo ejército. Estos soldados procedían sobretodo de Castilla y Andalucía, y en menor número de Navarra y la corona de Aragón, como reflejan las tablas que sobre este particular han hecho Parker o Albi de la Cuesta en base al estudio exhaustivo. Sin embargo, existía la figura del soldado voluntario, el que se unía a la fila sin más recompensa que la rapiña y el botín, o bien siguiendo un ideal religioso (sobretodo cuando se trataba de una operación en territorio otomano con tintes de

cruzada) que podía ser extranjero, dándose casos tan curiosos como un caballero polaco en la toma de Cefalonia o voluntarios ingleses en la batalla de Lepanto.

-Disciplina y orgánica: rangos y procedimiento táctico.

En 1534 se crea el concepto de tercio para designar a las tropas acantonadas en Nápoles y Génova. La etimología de esta voz es confusa y ha sugerido muchas interpretaciones, pero ninguna lo bastante satisfactoria como para expresarla aquí de manera ilustrativa o definitiva. Como ya se ha dicho, el tercio es un principio la coronelía bajo otra designación, simple y llanamente. Cambia también la designación del coronel, que pasa a llamarse maestre de campo y gozar de una guardia compuesta por ocho alabarderos alemanes, así como de otros privilegios.

Uno de los problemas fundamentales de estas tropas era su disciplina fuera de las acciones de combate. Las sucesivas bancarrotas y endeudamientos de la monarquía española revelaron la imposibilidad del cumplimiento regular de las soldadas. Sorprendentemente, durante la época de este análisis, fueron infrecuentes los motines, salvo en Flandes, aunque no se dejaron sentir con gravedad hasta las campañas de don Juan de Austria y Alejandro Farnesio.

La falta de paga regular, que se solo se subsanará en los ejércitos europeos en el siglo XVIII así como una inexistencia del abastecimiento militar (la única tentativa en este sentido se dió en la campaña de Portugal de 1580, siendo un autentico fracaso logístico) llevaban al soldado a vivir de la tierra, que era sinónimo de esquilmar al campesinado, lo que asimismo favorecía a un concepto laxo de la disciplina fuera del combate propiamente dicho. "Se han ahorcado tantos, que han de faltar sogas" decía el duque de Alba en referencia a esa campaña. En teatros de operaciones donde primaba la escasez y el campesinado guardaba con buena llave las provisiones, el robo y maltrato a esta población fue un asunto común y, si bien penado por las autoridades militares, era consentido en tiempos de absoluta necesidad.

Nadie se llame a engaño. Esta falta de disciplina en el acantonamiento no corría pareja a una falta de disciplina en el combate contra el enemigo, aunque esta disciplina alcance mayores cotas en el siglo XVIII. Empero, esta aparente anarquía fuera del combate en grandes bloques venía impuesta por la naturaleza misma de la guerra en la época, ya que todavía no había muerto el combate personal con el consiguiente lucimiento del soldado en hazañas propias, que eran muy posibles y harto frecuentes, según se rastrea en las crónicas.

Sobre la orgánica de estas tropas algo hemos hablado, pero profundicemos más en ello. Como se ha dicho, plana mayor constaba de un maestre de campo y un sargento mayor, que además de ejercer de segundo al mando era el encargado de decidir como formarían las tropas en la batalla campal (el llamado arte de escuadronar) supervisando su ejecución, el furriel mayor (oficial de intendencia), el tambor general (encargado de transmitir las órdenes a los pífanos y tambores para su reproducción) el barrichel (oficial jurídico/militar), el médico, el cirujano, el boticario y el capellán.

El rango de capitán era el más codiciado, ya que era el que posibilitaba una mayor autonomía con la consiguiente fama que ello reportaba al mandar victoriosas y audaces acciones sobre el terreno. El alférez y el sargento, subalternos, se encargaban del alojamiento de los soldados, la custodia de la enseña, la disciplina y, en el caso del alférez, la suplencia del capitán cuando este no se encontraba con sus soldados. El cabo de escuadra era más que un soldado experimentado. En la época del Gran Capitán, el cabo aunaba las funciones del sargento y las propias, que consistían en la revisión del equipo de su escuadra y el mando táctico sobre ella, además de ser el ejemplo a seguir para ese grupo de hombres a los que debía conocer en profundidad para sacar de ellos el mejor partido posible.

Sobre el empleo táctico de estas tropas se podría hablar mucho, pero siendo sincrético lo he dividido en el arte de escuadronar y otros empleos. El escuadrón es una voz que designa al bloque de piqueros formados en cuadro o rectángulo festoneados por "mangas" y "guarniciones" de arcabuceros. Hasta aproximadamente la década de los 50, se incluía en bloque de piqueros a los rodeleros, que cumplían la misma función que los lansquenetes "doblesueldo" soldados que intentaban abrir una brecha en el cuadro enemigo cuando ambos "trababan las picas". La proporción piqueros/arcabuceros es muy discutida, aunque se acepta un 1/3 de arcabuceros y 2/3 de piqueros a comienzos del siglo XVI, aumentando la proporción de arcabuceros hasta la mitad o más en ciertas fases de la rebelión flamenca en las que el teatro de operaciones era abrupto y estaba surcado de canales, impidiendo el uso satisfactorio de caballería para la rotura de un escuadrón.

Los arcabuceros actuaban en hileras de cinco hombres de profundidad, en el caso de las mangas, y más profundas en el caso de las guarniciones, lo que por otra parte impedía un uso satisfactorio de la potencia de fuego por el relevo de las escuadras a la línea de fuego, gozando en cambio de un fuego sostenido en consonancia con el lento tiempo de recarga de arcabuces y mosquetes. Los arcabuceros españoles gozaron de una justa fama de temidos, ya que muy a menudo, antes siquiera de que el tercio o coronelía se escuadroneara, el general solía mandar una avanzada de arcabuceros para contactar con el enemigo, que podía reforzar con piqueros o arcabuceros según se necesitara, aunque muy frecuentemente en la época que aquí se trata, la acción de la avanzada en solitario provocó la derrota del enemigo o su desorganización.

El arcabucero era también el protagonista de la guerra de sitio y la guerra naval, dada su potencia de fuego cuyo lento tiempo de recarga se minimizaba en una guerra de trincheras o un asalto, ya que era frecuente que en estos casos se realizara una descarga antes del cuerpo a cuerpo. También en la batalla campal, la imprecisión del arma de fuego a larga distancia llevó a disparar a distancias realmente cortas, como luego sucedería en época napoleónica con el llamado "fuego francés". Las descargas a corta distancia, especialidad española en el siglo XVI, causaban gran impacto psicológico y un fuerte número de bajas en la formación enemiga, favorecido todo esto, como ya hemos visto, por el mayor número de arcabuceros en servicio en el ejército español frente al de sus rivales.

-El soldado y su equipo: arcabuceros, piqueros y tropas a caballo.

El equipo del soldado de la Revolución Militar es una mezcla de lo nuevo y lo viejo, como él mismo. Por una parte, el siglo XVI es, paradójicamente, un gran siglo de desarrollo del arma blanca y la armadura, siguiendo la tónica general bajo-medieval y por otra parte ve la desaparición de la caballería pesada de esta época. Analicemos este armamento en base a los distintos tipos de soldado.

El arcabucero gozaba de pocas protecciones corporales, no más que un jubón de cuero, una brigantina o una gola de acero, siendo preferido el casco abierto para facilitar la visión en modelos como la capelina, el capacete o el famoso morrión en sus variantes italiana y española, que posteriormente quedará reglamentado para este tipo de infante. El arcabucero debía portar su propio equipo para la fabricación de balas de gruesas balas de plomo que pesaban cerca de una onza que constaba de unas tenazas y un molde, además de una bolsita con mineral de plomo en bruto para su fundición. La mecha y la pólvora terminó suministrándola el propio ejército, aunque en un comienzo debía ser fabricada por el arcabucero, dando un tipo de pólvora cuyos componentes se decantaban al final del día, siendo inservible para el siguiente y habiéndose de mezclar nuevamente. La pólvora en grano terminaría con este problema. Entonces, el arcabucero se pertrechó con dos cuernos de pólvora, la gruesa "para reponer" (cargar el ánima del arma) y la fina para el mecanismo que comunicaba la mecha del serpentín con la carga de pólvora apisonada del interior del cañón (explico el proceso mediante unos dibujos), la baqueta, las doce cargas de pólvora gruesa predosificadas colgadas en bandolera (conocidas como "los doce apóstoles") y elementos para la limpieza y conservación de su arma, que debía mantenerse descargada y limpia antes de usarse, ya que la pólvora contiene salitre, que es nocivo para el interior del cañón del arma.

Los piqueros eran llamados así por su arma principal: la pica. La pica es una lanza larga de unos 5 metros (aunque su longitud variaba dependiendo de la altura media de sus usuarios, siendo las más grandes las picas alemanas y suizas), a era inservible en formaciones abiertas, pero tiránica en las cerradas, como sucedía con los falangistas macedonios de Alejandro Magno. Los piqueros de las primeras filas, llamados coseletes, portaban armadura corporal, la llamada "armadura de tres cuartos", consistente en un peto con espaldas y escarcelas (y a veces con protecciones para los brazos) y un casco, gustando estas tropas de modelos cerrados como la celada (con o sin visor) y la borgoñota. Ocupar los puestos de vanguardia era para aquellos hombres un honor reservado a los mejores, razón por la cual la primera hilera recibía el sobrenombre "de los capitanes". Detrás de los coseletes y protegidos por estos se encontraban las "picas secas", con una protección corporal semejante a la de los arcabuceros.

Otros soldados de a pie eran los rodeleros, que desaparecieron aproximadamente en la misma época que aparecieron los mosqueteros. Los rodeleros se protegían de forma similar a los coseletes, y también portaban una rodela de metal, escudo circular con el que apartaban las moharras de las picas enemigas acortando distancias para acuchillar a los piqueros con su espada. Los mosqueteros se diferenciaban poco de los arcabuceros más que por estar considerados tropas de élite. El mosquete era un arma más pesada que disparaba proyectiles de mayor calibre a mayor distancia y con mayor precisión, razón por la que debía ser

apoyada en una horquilla para dispararse. Un primer uso de mosqueteros se dio posiblemente en la batalla de Mühlberg, de la que tendremos ocasión de hablar.

El arma montada comenzó el siglo con brillante desarrollo en otros países, como Francia, donde la caballería pesada, la gendarmería, era considerada una de las mejores formaciones militares de la época. Esta caballería pesada aristocrática era especialmente poca en España, donde la Reconquista había favorecido a otro tipo de caballería más maniobrera: el jinete. La palabra jinete designaba a aquel que montaba a la jineta, un tipo de monta de estribo corto que mantiene un mayor dominio sobre una montura mejor entrenada para realizar acciones de caracola, cambios de dirección, pasos laterales y otros refinamientos que podían marear al más pintado. El jinete, en efecto, buscaba desorganizar al enemigo, arrojando sus venablos a distancia y esquivando el cuerpo a cuerpo en el que se sabía en desventaja. Esta tropa de caballería demostró su valía en operaciones de reconocimiento, enlace y persecución, y fue exportada a América, siendo el tronco de las grandes tradiciones ecuestres en ese continente, desde los cowboys estadounidenses a los huasos chilenos, quedando fosilizada en España en el juego de cañas y la doma vaquera.

Como se ha dicho, el arma montada sufrirá un fuerte descalabro en la primera mitad del XVI con la pérdida del papel fundamental que poseía la caballería pesada en los campos de batalla europeos (aunque habrá honrosas excepciones). Sin embargo, la segunda mitad del XVI verá la aparición de nuevas formas de jinete que buscarán recuperar este papel, aparentemente sin éxito. El ejemplo de esto sea quizá el jinete con pistolas, cuya máxima expresión sería reitre alemán, un soldado de caballería protegido por una armadura de tres cuartos, botas de caña alta y casco cerrado, que usará una táctica de disparo y media vuelta por secciones conocida como caracola, que será copiada en otras tropas parecidas, como los jinetes herreruelos españoles, que tuvieron una participación destacada en la batalla de San Quintín.

Todos los soldados ceñían la espada, y frecuentemente también la daga o puñal. La espada estará asociada al concepto de soldado, de tal manera que es la única arma de tropas de especialistas como gastadores o artilleros, y es el arma común a todos los soldados de la época. La frecuencia de uso, sobretodo en escaramuzas, asedios y fases finales de una batalla campal viene ilustrada por el surgimiento y profusión de su hermana civil: la esgrima.

La esgrima codificada ya existía desde el siglo XIII en Europa, pero es en la Edad de la Pólvora cuando se extiende, auspiciada por la pérdida de poder de la nobleza feudal. El conjunto de artes marciales occidentales, antes reservadas a los caballeros, se vulgarizan en un mundo cada vez más abierto, surgiendo nuevas formas. En ese contexto se enmarcan las primeras escuelas de esgrima en el marco del surgimiento de una nueva arma de defensa personal: la espada ropera. Al contrario de lo que se cree, el término ropera es de invención española, apareciendo por primera vez el Inventario de Objetos perteneciente al Duque Don Álvaro de Zúñiga, en fecha tan temprana como 1468, adaptado posteriormente al francés (*râpierre*) y al inglés (*rapier*). La escuela española de ropera se rastrea en los años finales del siglo XV en Perpignan, y durante la primera mitad del siglo XVI en Sevilla, alcanzando su calmen a partir de 1582 con la aparición del tratado "De la philosophia de las armas" de don Jesús Pacheco de Narváez.

Sea por esto o por otro motivo más prosaico, los soldados españoles adquirieron durante todo este período y en lo sucesivo una justa fama de peligrosos espadachines, aunque cabe puntualizar que la espada ropera no es una espada militar, sino una espada civil y callejera, propia de lances al más puro estilo de Alejandro Dumas o Arturo Pérez-Reverte.

-Rutina del soldado. El soldado y el ocio.

A pesar de que la infantería española era la más disciplinada y la que entrenaba más duramente en Europa hasta, por lo menos, las reformas de Mauricio de Nassau en el ejército holandés (década de los 90), ello no era óbice para que los soldados no dedicaran tiempo al ocio, especialmente cuando se encontraban acantonados en territorios que no estaban en el frente. En este caso, los españoles eran propensos a "meterse en líos" o tener una disciplina relajada que también, quizá, forma parte de la idiosincrasia de nuestro pueblo.

Entre las aficiones predilectas de los soldados se contaban los juegos de azar, sobretodo los de naipes. Se decía que las cartas las inventó un tal Vilham, y hay quien ha sugerido que puede ser una chistosa contracción de "vil hambre", que es lo que el azar de los naipes solía reportar a unos soldados que solían jugarse su sueldo incluso antes de cobrarlo. La baraja española constaba de los mismos palos y números que la actual y se distinguían dos tipos de juegos: de desplume rápido o lento, en función de si podían o no dejar al pobre perdedor sin nada en cuestión de momentos. Nos han llegado algunos de sus nombres: rentoy, flux, pollas, siete sobre par, mus, siete y media...

Ante lo que pudiera parecer, el soldado español prefería la mujer pública a la bebida, ya fuera por la dificultad de encontrar buenas remesas de vino, de las que los españoles gustaban más que otras bebidas, o por su fama de sobrios, que ciertamente era justa, pues el castellano de la época era un hombre más frugal que sus tataranietos. Sobre las mujeres, quizá cabría preguntarse si el apetito, además de ser supuestamente recíproco, no enmascaraba otras realidades, pues se documentan muchos casos en los que las mujeres preferían amancebarse con españoles, parece que ser que por ser más enamoradizos que otros varones (en España seguía bien vigente el concepto del amor cortés). El número de mujeres públicas que acompañaban al ejército tendió a regularse, dada la fruición con la que los hombres, que al alistarse no solían estar casados, se unían a estas mujeres, dándose casos de tropas acantonadas en Italia que, al cambiar de plaza, eran acompañadas por un cortejo de mujeres casi tan numeroso como el de soldados.

Las cartas y las mujeres solían aparejar duelos y lances de honor de los que la literatura española de la época nos da cumplida fe. Eran tan frecuentes estos duelos en tiempos de paz que, preocupados por que no se reprodujeran en el marco del campamento militar durante una campaña, las ordenanzas regulaban que solo se podía jugar a las cartas en el cuerpo de guardia, un espacio central del campamento donde, a excepción de los oficiales jurídico-militares (barrachel y prebostes) se prohibía entrar armado y en el que se debían respetar a rajatabla las ordenanzas vigentes.

El soldado español gustaba también, aunque en menor medida, de aficiones intelectuales. Las novelas de caballería eran un gran pasatiempo, como también lo eran otras lecturas o el mismo afán por conocer la idiosincrasia de pueblos extranjeros con los que convivían, lo que en América supuso la accidental invención de la antropología como ciencia, y gracias a cuyas descripciones pormenorizadas en crónicas y memoriales tenemos hoy en día un conocimiento bastante profundo de los pueblos de la América Precolombina en torno al 1.500. Las armas y las letras no constituían conjunciones excluyentes, dándose la figura del soldado-literato, con ejemplos tan destacados como Bernal Díaz del Castillo, Miguel de Cervantes, Lope de Vega o Calderón de la Barca.

II- El crisol español: la escuela estratégica hispano-italiana en sus batallas.

-Primeras campañas: Pavía.

Las primeras acciones bélicas de esta nueva escuela estratégica tendrán como escenario Italia, concretamente el reino de Nápoles, el ducado de Milán, la República de Génova y los Estados Papales. Esta primera fase verá chocar dos conceptos de la guerra: el francés y el español. Como ya se ha explicado, los franceses habían, hasta entonces, desarrollado un sistema ganador para la batalla campal, consistente en su caballería pesada nobiliaria (la gendarmería), una artillería sin parangón (al mando de Galliot de Genouillac, gran tratadista de artillería e ingeniero militar) y cuadros de piqueros mercenarios, suizos y alemanes (sobre todo suizos). Esta combinación les llevó la victoria incluso sobre los propios suizos en la batalla de Marignano (1515), donde Francisco I, rey de Francia, se hizo armar caballero a manos del mejor de sus gendarmes: Pedro Bayardo.

Francia se disputaba, junto con el Sacro Imperio y los mismos estados italianos la supremacía en este teatro de operaciones. Sin embargo, España entró en liza en 1496 con la expedición del Gran Capitán a Nápoles. A pesar de un primer revés, favorecido por la ineptitud táctica de Ferrante II de Nápoles (rey destronado que acompañaba al Gran Capitán) las reformas de este genio militar pronto se impusieron, sobre todo por su modo de plantear una guerra de desgaste tipo guerrilla que los franceses no concebían hasta conseguir la paridad de fuerzas de cara a una batalla campal. El Gran Capitán, cuyo nombre está injustamente olvidado dentro del panorama histórico-militar, arrebató Nápoles a los franceses mediante una audaz guerra de movimientos, batiéndoles en dos importantes batallas: Ceriñola y Garellano.

Ceriñola mostró una nueva realidad bélica que los galos no vieron o no supieron ver. Tras una larga y veloz marcha, las tropas del Gran Capitán (españoles, italianos y alemanes) tomaron posiciones junto al pueblo de Ceriñola, edificando un terraplén con foso y empalizada, tras de la cual el cordobés dispuso 500 arcabuceros extraídos de las filas españolas y alemanas. El duque de Nemours planteó la batalla mediante la clásica carga frontal de caballería precedida por un bombardeo artillero, que esta vez fue deshecha por la arcabucería española, al igual que la piquería suiza que avanzaba detrás. La derrota fue tan rotunda que el propio Nemours murió víctima de un balazo, al igual que el coronel Chandieu que mandaba a los suizos.

El arcabuz se cobraría otra ilustre víctima en el marco de los intentos franceses por retomar el Milanesado ocupado por las tropas de Carlos V: Bayardo. Las campañas francesas de 1522 y 1524 fueron dos sonoras derrotas, especialmente la primera (con la célebre batalla de Bicocca, cerca de Monza). Contrariado por estos sucesos, Francisco I de Francia, el vencedor de Marignano, cruzó los Alpes con más de 20.000 hombres y frente a su más granada gendarmería. La situación de los imperiales (españoles) era apurada, andando cortos de efectivos y con éstos repartidos por distintas plazas, retrocedieron cediendo al francés la misma Milán. Sin embargo, Antonio de Leyva, un viejo general navarro, resistió en el Castel Visconteo de Pavía, soportando el asedio francés hasta la llegada de los refuerzos hispano-alemanes al mando del virrey Lannoy y el marqués de Pescara, que obligaron a los franceses a presentar batalla.

Pavía constituye un jalón de la historia militar occidental, un punto de no retorno donde, de manera incontestable, la Revolución Militar se evidenció hasta para el más ciego. Un sorpresivo ataque nocturno a la muralla del Parque Mirabello precedió a un avance y despliegue que no pudo ser eficazmente contestado por las tropas francesas, que se desplegaron según su esquema habitual. Genouillac, al mando de la artillería, obligó a los imperiales a echarse cuerpo a tierra para minimizar las bajas. Enardecido, Francisco I ordenó el avance de su gendarmería, que no pudo ser detenida por la caballería pesada imperial, poniéndola en fuga. Sin embargo, la infantería supo aprovechar este lapso para desplegarse en conveniencia, formándose una gran manga de 1.500 arcabuceros que acribillaron a los gendarmes. No corrió mejor suerte la infantería mercenaria del francés. Suizos y alemanes fueron batidos por españoles y alemanes al servicio del emperador, iniciándose una retirada, ordenada en un principio, que terminó convirtiéndose en desordenada. La mayor parte de la gendarmería resultó presa o muerta, y Francisco I fue capturado por un arcabucero español: Juan de Urbietta, y fue mantenido preso en España durante un año en la Torre de los Lujanes (Madrid) hasta que accedió a firmar la paz.

-La era de cambio: de Mülhberg a Gravelines.

Tras el saqueo de Roma, la campaña de Génova y derrota española en Cerisoles, 1544, se firmó la paz entre España y Francia. Se abrió un nuevo período en la Revolución Militar, que prefiero denominar "de transición". En él aparecen nuevos tipos de infante y la caballería muta hacia una etapa de incierta inseguridad acerca de sus posibilidades.

La campaña de Mülhberg (1547) contra los protestantes alemanes es un ejemplo de este cambio. Carlos V se había visto forzado a una guerra de movimientos, huyendo de las numéricamente superiores tropas del elector de Sajonia y esperando los tan ansiados refuerzos españoles al mando del duque de Alba. A la llegada de estos, las tornas se cambiaron, y fue el César quien persiguió al elector, forzándole a presentar batalla junto al Elba. Los arcabuceros españoles cruzaron el río a la grupa de los jinetes húngaros, que en tal ocasión trabaron gran amistad con ellos, hasta el punto de entrar en combate con el apellido español (Santiago y Sierra España). Mientras, arcabuceros y mosqueteros cubrieron el avance desde la otra ribera del río con un fuego continuo que causó gran espanto al enemigo. Formadas ya las líneas de batalla, el duque de Alba atacó con la caballería pesada el flanco izquierdo, mientras la ligera (arcabuceros a caballo) se enfrentó en el derecho con la caballería sajona, mientras ambas infanterías escaramuceaban en el centro. Tras la derrota de los flancos, el ataque masivo imperial puso en fuga a los protestantes tras dos horas de duro combate, muriendo la mayor parte de ellos ahogados en el Elba intentando una desastrosa retirada.

Enrique II, nuevo rey de Francia, inició una nueva guerra contra España en 1552. Tras una poco concluyente guerra de movimientos, escudado en las nuevas fortalezas abaluartadas del norte de Francia, Manuel Filiberto de Saboya, general al mando de las tropas de Felipe II puso cerco a San Quintín en 1557, defendida por el célebre Gaspar de Coligny. El propio rey se dirigió al campo de batalla, donde las tropas españolas y francesas chocaron frente a la plaza, con una nueva participación destacada de la arcabucería española y, esta vez, de los jinetes herreruelos. Caída San Quintín, las tropas españolas persiguieron a un ejército francés por el litoral de la fachada atlántica del norte de Francia, vencéndolas en una fulgurante batalla en Gravelinas (1558) con otra nueva participación destacada de los jinetes herreruelos.

-Lepanto y la primera rebelión flamenca.

El reinado de Felipe II gozó de una época de relativa paz entre la firma del tratado de Chatêau-Cambresis hasta la rebelión flamenca de los mendigos del mar (1566) y la de los moriscos en Granada (1568) con el acuciante problema de la hostilidad turca en el Mediterráneo que sería paliada en parte en la batalla de Lepanto (1571).

Estos nuevos problemas plantearon nuevos y viejos teatros de operaciones, respectivamente, en un tiempo donde la mayoría del ejército español se encontraba acantonado en Italia. La marcha de los españoles a Flandes (el Benelux) a través de Suiza y el Franco Condado inauguró una de las rutas militares más eficaces y a la vez tempranas creadas por un estado moderno, el llamado Camino Español. La imposibilidad de la gobernadora Margarita de Parma para afrontar la rebelión protestante armada acaudillada por el príncipe de Orange, Guillermo de Nassau, hizo al rey decidirse por el envío de una expedición armada al mando del duque de Alba, que ajustició a los condes de Egmont y Horn y procesó a más de 500 rebeldes en los llamados Tribunales de los Tumultos o de la Sangre. Mientras, sus tropas, al mando de Arenbergh, fueron eventualmente vencidas en Groninga, obligándole a salir personalmente a dirigir las operaciones, venciendo a las tropas rebeldes en la batalla de Jemmingen, donde la avanzada de arcabuceros se cubrió de gloria al vencer casi por sí sola a los orangistas atrincherados.

Sofocada la rebelión flamenca en 1570 con la huida de Orange al Sacro-Imperio (Alemania), Felipe II tuvo que afrontar con unas improvisadas tropas la rebelión morisca de Granada, al frente de cuyas fuerzas puso a su hermanastro don Juan de Austria. La formación de la Liga Santa de Pío V (España, Venecia y los estados italianos bajo hegemonía española) contra los turcos respondía a la creciente amenaza de los mismos, materializada en la toma de la plaza veneciana de Famagusta por los turcos, así como el intento de toma de Malta en 1565, rechazado por los caballeros de la Orden de Malta (antiguos hospitalarios) y los españoles del virrey de Sicilia. Don Juan de Austria encabezó esta liga, al mando de grandes marinos como Sebastián Veniero o don Álvaro de Bazán. La batalla de Lepanto, que no explicaremos aquí, mostró muy a las claras que el poder militar español no solo era terrestre, sino también marítimo. Lepanto, no obstante, no solucionó por sí mismo el problema turco, cayendo Túnez en manos otomanas en 1573, pero sí marcó el declive de este

tiempo, iniciando una fase de no retorno que culminaría en la década de 1920 con la Revolución de los Jovenes Turcos.

-La campaña de don Juan de Austria y la imposición de nueva realidad.

Retomada la lucha en Flandes, los métodos dialogantes del gobernador Requeséns se mostraron insuficientes ante el creciente problema flamenco, que iba a convertirse en un cáncer financiero y militar en la Monarquía Hispánica. A pesar del brillante triunfo de los amotinados de Alost en Amberes (1574) y la derrota holandesa en Mock, Leiden cayó en manos rebeldes, al igual que las tropas de don Fadrique de Toledo hubieron de desistir en la toma de Alkmaar, dando pie al dicho holandés de: "la victoria comienza en Alkmaar".

Felipe II envió a Flandes a don Juan de Austria, con la esperanza de pacificar a los flamencos. Así, firmada la pacificación de Gante en 1577, el de Nassau reforzó su posición de poder, intentando infructuosamente asesinar a don Juan que, con una audaz maniobra, se atrincheró en el castillo de Namur llamando de vuelta de las tropas españolas que partieron hacia Italia como parte del tratado de paz. Confluyendo cerca de Namur, los orangistas quisieron retirarse, pero se vieron obligados a presentar batalla en Gembloux. Esta batalla es quizá el cúlmen de una época. La avanzada de arcabuceros del capitán Perote se negó a retroceder pese a que iba a provocar el ataque general de las tropas rebeldes. Encabezando una impetuosa carga, Alejandro Farnesio, general y amigo de la infancia de don Juan atacó impetuosamente con la caballería pesada poniendo a los reitres orangistas en una desornada fuga que les llevó a impactar con su propia infantería, que fue presa del pánico al ver el avance general de las tropas españolas, y fue masacrada durante una larga huída.

La guerra, tras esta gran victoria, se vio empantanada en una sucesión de asedios que distaban mucho de resultar definitivos. Las fortalezas holandesas, que habían refinado la traza italiana, supusieron un duro escollo contra el que chocó la impetuosidad española, acostumbrada a dirimir los cercos en breve tiempo mediante poderosos asaltos a la brecha, tal y como evidencia la mortandad de capitanes y soldados en el doble asalto de Maastricht. Posteriormente a la muerte de don Juan, esta tiranía de la fortaleza abaluartada fue patente durante las campañas de Alejandro Farnesio, costosas en tiempo y hombres, que quizá despertaron a los españoles de su victorioso letargo en las batallas campales, iniciándose una nueva etapa de la Revolución Militar que, lamentablemente al no ser objeto de esta conferencia, dejaremos a los asistentes conocer por sus propias lecturas.

Como broche final, quisiera dedicar esta conferencia a mis compañeros de la Asociación Española de Esgrima Antigua, los foreros de la página no-oficial del Capitán Alatríste y, sobretodo, a aquellos hombres que hace 500 años dejaron escritas en las páginas de la historia una epopeya sangrienta y trágica, noble al mismo tiempo, quizá equivocada desde nuestra propia psique, pero sin duda consecuente con sus propios principios, por los cuales lucharon y murieron.

Gracias.

David Nieves Muñoz, a 12 de febrero de 2005.

La conferencia fue celebrada el día 17 de febrero, viernes, a las doce del mediodía en la Universidad Complutense de Madrid.